

## EL PERIODISMO HABLADO Y SU INFLUENCIA SOBRE EL LENGUAJE

Es sabido que Marshall McLuhan atribuye “la regulación y fijación de las lenguas” a la extensión del carácter tipográfico (**La galaxia Gutenberg**). Esta influencia, generalizadora de un modo de habla dentro de cada lengua y entre los diversos idiomas, de la actitud “tipográfica” escrita o hablada, es señalada con mayor insistencia por Jagjit Singh, en su aspecto internacional: “Los antiguos sabían lo que nosotros a veces olvidamos: que cuando los dioses deciden confundir a una comunidad, país o mancomunidad, empiezan interponiendo entre sus miembros barreras de lenguaje, como ocurrió en la separación de los adamitas, cuando querían subir al cielo construyendo la Torre de Babel. La historia es apócrifa, pero su enseñanza es particularmente importante hoy en día, ya que, aunque estamos en una época de fáciles comunicaciones, muchos países han de enfrentarse con tal cantidad de lenguas que su reforma más urgente es un programa completo de desbabelización. Obviamente, si queremos sobrevivir, la desbabelización de naciones y países ha de preparar el camino para una más amplia y ardua integración lingüística a escala planetaria. Si la falta de unidad lingüística entre naciones es una fuente de tensión y preocupación nacional, la diferencia de idiomas entre naciones está creando una confusión todavía mayor, al provocar una maraña de incomprendimientos internacionales” (**Teoría de la información, del lenguaje y de la cibernética**, por Juan Beneyto), y en su aspecto intracomunitario: “Hoy la llamada telefónica —la palabra— se estima más valiosa que la carta de presentación, y a los comunicados oficiales siguen las ampliaciones verbales, tales como esa ‘Ampliación del Consejo de Ministros’ que da el consejero portavoz, titular o no de cartera que recoja las competencias comunicativas, o esos secretarios de Prensa o de Relaciones Públicas por cuyos labios hablan los presidentes...”

Y allá abajo, en la aldea, sigue contando cada uno cómo le fue en la feria y lo que vio en la ciudad.

Lo que ocurre es que la comunicación oral, ante el volumen de la comunicación escrita, va resultando complementaria —en el orden informativo, al menos—, si bien vive siempre subálveamente como una reserva y hasta como una amenaza, porque cuando falta la información porque las guillotinas actúan sobre los mazos de las agencias o de los corresponsales o sobre las cuartillas del reportero o del fotógrafo, cobran vitalidad noticias vertidas como rumores; incluso con el peligro de que puedan ser utilizadas colateralmente metiendo en ellas la manipulación deformadora, o también desde arriba lanzando la referencia que convierte en bulo el rumor. Incluso suele cargarse de contenido ideológico porque no sólo puede arrastrar ya carga en su origen, por la proyección de la reacción del primer comunicante, sino también —y sobre todo— porque la coge en cada tránsito.

La palabra está hoy en la radio, en el cine, en la televisión; la palabra la recogen el disco y la cinta; queda, pues, tan ampliamente proyectada que ve reducir su actuación directa, al modo como el escritor ya no enseña sus cuartillas a los lectores o a los copistas. El orador —que, de otra parte, a menudo se convierte también en mecanismo, pues lee lo que escribió— utiliza la palabra en las conferencias, en universidades, en ateneos, en círculos; pronunciando discursos ante asambleas y concentraciones políticas o profesionales, y aquí tornando a la memorización inicial, también a veces repitiendo lo que se ha estudiado, no por obra de creación y de acción inmediata. Parece que concluye así el proceso histórico de la vieja elocuencia (**Conocimiento de la información.**)

Para no prejuigar, o estrechar excesivamente y a priori su campo, las relaciones del periodismo sobre el lenguaje, debemos delimitar primeramente el ámbito en el que puede hablarse de “periodismo hablado” y de “lenguaje”. De esta aclaración de conceptos surgirá la posible relación entre sus realidades correspondientes.

En opinión de Wittgenstein, el límite del mundo es el límite del lenguaje. Si prescindimos de la falla ontológica por donde se escapan precisamente las realidades y vivencias inefables que descubrió el último Wittgenstein, las estéticas y religiosas, es cierto que el lenguaje constituye un mundo y que el mundo, en tanto que conocido y no como la universalidad de lo existente y de lo posible, se nos da sónicamente en el lenguaje. El primer acceso al mundo son los sentidos, es verdad; pero sin la comunicación lingüística no tendríamos acceso más que al mundo de lo inmediato y a un punto individual de vista sobre el mundo. La relación social y lingüística permite un acceso ulterior, totalizador y, en el caso de la casi universalización de la comunicación masiva, la visión del hecho cognoscible mundo. Así el lenguaje tiene en realidad una frontera común con el mundo: la distinción entre el mundo de cada uno y la totalización del mundo. En esa línea la palabra constituye no sólo el signo más adecuado, como afirma Lévi-Strauss, para el conocimiento del hombre sino la posibilidad de una amplificación ontológica del hombre individual en el seno de lo social. El lenguaje es un hecho social y vivo. Al concebir Ferdinand de Saussure la semiología como una ciencia total, la definía como estudio “de la vida de los signos en el seno de la vida social.

Durante mucho tiempo los antropólogos y sociólogos han preferido el hecho y el instrumento como vehículo de conocimiento del hombre. Los psicólogos behavioristas y los etólogos eligen como signo humano el comportamiento. Sabemos desde Saussure que la palabra no sólo revela el ser individual y social del hombre sino que a su vez lo modela y realiza. Es aquí, en esta concepción del “logos”, donde puede entenderse la relación entre la noticia hablada y el habla misma. Donde pongo noticia por periodismo ha de entenderse que no limito la función comunicativa del periodismo a la información escueta de datos sino que defino el periodismo, en cualquiera de sus modalidades, como un dar noticia del mundo, lo que no equivale, en modo alguno, a transmitir datos despersonalizados. La noticia es, desde su acepción etimológica, una novedad, es decir, una amplificación del mundo de cada uno por el contacto con lo acaecido en el conjunto del mundo o, simplemente, en el mundo de otro. Es la noticia una participación de los otros y de lo otro, de lo acaecido fuera de nosotros y a lo que solamente tenemos acceso por el lenguaje. Ese acaecer en los otros está cargado de toda la riqueza del hecho humano o natural y no se conoce con la mera enunciación de su existencia. La

primera cualidad modal de la noticia ha de ser la presencia. Es presente no sólo lo que nos llega por los sentidos sino, a veces de un modo más evidente y emocionante, lo que a través del lenguaje se nos hace presente con los recursos literarios y de la elocuencia. Hay un lenguaje de presencia que nos habla o en el que hablamos de lo que sucede ante nosotros. El lenguaje de ausencia, esencia de la literatura y de la comunicación periodística valiosa, consiste en hacernos cercano y comprensible, presente e íntimo, lo ausente por no ser acontecido, o por acaecer más allá del umbral y de la posibilidad sensorial, más allá en el orden del espacio o de la conciencia.

Es decir que el lenguaje es una realidad viviente, quiero decir que la realidad denotada aquí en el término "lenguaje" no es la existencia de un léxico y de una preceptiva, ni siquiera lo que puede denominarse idioma o dialecto. No hablo ni de la lengua como sistema ni del habla como un hecho abstracto, sino del idiolecto en lo que tiene de realización comunicativa personal y cambiante, del único hecho real por el que nos comunicamos los hombres, entregando en nuestra comunicación lingüística, intencionada o inconscientemente, algo de nuestro ser en nuestra palabra.

Si la ciencia grafológica trata de comprender al individuo humano a través de su idiografía y la fisiognómica, de un modo más amplio, lo comprende por medio de la idiomímica estática, bemática y dinámica, la idiología es, sin necesidad del recurso al psicoanálisis, el camino adecuado para el conocimiento del hombre entendido como un individuo y no como una naturaleza universal.

Ahora podemos entender por qué el periodismo directo, el hablado por el protagonista de la noticia o por el testigo inmediato, por el reportero, nos vincula más a la realidad y nos atrae con preferencia a la tipografía despersonalizadora o a la voz del locutor y a los programas elaborados. La voz del testigo hace presente la noticia sin necesidad de artificio. Por eso "hoy la llamada telefónica se estima más valiosa que la carta". En el sentido más estricto, sin descartar del periodismo hablado los discos, cassettes, cine, etc. (porque la diferencia que establezca no es en cuanto al medio de comunicación sino en cuanto al modo. Así, por ejemplo, el cine puede ser documental y el disco o cassette, una grabación improvisada en vivo, en tanto que un programa de radio o de televisión y hasta una conversación telefónica o una revista hablada pueden no transmitir en absoluto nada de las variables idiolécticas por haber sido preparados o incluso confiados a personas y voces distintas) el periodismo hablado es aquel que transmite la noticia con el verismo y la emoción de lo presente y, naturalmente, por medio de la voz. El prototipo de este periodismo no es la conversación telefónica, ni el reportaje televisivo (aquella por carecer de la dimensión social multitudinaria que caracteriza al periodismo y éste por tener en la imagen plástica su apoyo básico) sino la radio. Para hacer una distinción entre periodismo escrito y periodismo hablado hay que tener a la vista la prensa y la radio. El cine, como la oratoria, como el cartel publicitario tienden a un receptor múltiple. La televisión, más parecida al diálogo de pequeños grupos, se dirige a una cierta intimidad familiar y social, está más personalizada en cuanto al emisor que en cuanto al receptor y en ese sentido es espectáculo. El libro o el periódico, aunque elaborados en equipo y despersonalizados por su carácter tipográfico, pudiendo ser recibidos por muchos simultáneamente, se dirigen y son leídos por uno solo, lo mismo acontece con la radio. Se emite en equipo e instrumentadamente pero puede introducirse

y lo hace, como se constata sociológicamente con facilidad, en la intimidad del ser humano. No nos es ajena la imagen de la persona solitaria acompañada del transistor. Pero la radio tiene en su diferencia específica, la voz humana, una ventaja de sugerencia, de penetración y de compañía sobre el periodismo escrito. La atención es más captada no sólo por el hecho de la imposibilidad de repetición de la audición (el periódico o el libro pueden releerse) sino precisamente por la comunicabilidad de la voz. Nadie duda de que el origen de la palabra escrita es la palabra hablada y nadie puede dudar tampoco de la superioridad de la voz sobre la letra en orden a la comunicación, que no es solamente transmisión de contenidos sino por encima de todo contacto de personas. La identificación entre oyente y personaje de teatro, orador o locutor no es comparable a la impregnación psíquica de la prensa aun en el caso en el que la literatura hace con su arte presente lo ausente y vivo lo fingido. Esta impregnación es el secreto del influjo del periodismo hablado sobre el lenguaje, a partir del hecho individual del habla que se impone a las normativas lingüísticas.

La propagación humanizadora de la noticia aparece, si se estudia diacrónicamente el influjo en el lenguaje de lo que podríamos llamar, en sentido amplio, el periodismo hablado, en una historia que va de la transmisión de vivencias y de creencias por medio de los rapsodas y juglares y de las formas teatrales y retóricas a los modernos debates, conferencias, charlas y sobre todo a la comunicación oral instrumentada, del "estí tí kainón" del ágora, denunciado como superficialidad apolítica por Demóstenes, a las habladurías de corrillos y a la conversación telefónica, no menos superficiales pero tampoco menos importantes para el conocimiento del hombre que hace verdaderamente la historia. Porque la historia de la comunicación y del lenguaje no la hace, como ninguna otra historia, el hombre abstracto sino los hombres concretos personalizados. Y si bien es verdad que algunos hombres han tenido por su palabra un mayor influjo en la historia del lenguaje, como algunos hombres con su obra es innegable que han movido la historia en una dirección determinada o con un impulso mayor que el de los demás, si no se puede negar que nuestra lengua es en gran parte deudora de los escritos de Fernando de Rojas y de Cervantes y de la alocución de Fray Luis de Granada y San Juan de Avila, nuestra lengua se ha formado principalmente en la superposición de los sustratos latino, germánico, árabe, hebreo, de los interstratos regionales de nuestro atlas lingüístico y de los superestratos de otras lenguas de los países y sociedades con las que España ha tenido contacto político o cultural, superestratos amerindio, galo, italiano, germano y anglosajón principalmente. Ahora bien, esta estructura diacrónica de nuestra lengua, todavía en proceso de amalgamamiento y de posibles dialectalizaciones, no se debe solamente a las obras singulares de la literatura escrita o hablada sino prioritariamente al uso coloquial diario y popular de la lengua, al intercambio de ideas, de noticias y de sentimientos de los diversos pueblos por un mismo y moldeable instrumento comunicativo. La simbiosis de las palabras y de las personas es la historia real de la relación entre lo que hemos llamado ampliamente un periodismo hablado y el lenguaje. Pero es la sincronía actual lo que metodológicamente, como postula el estructuralismo, podemos contemplar en el hacerse y reconocer esa relación en todo su alcance. El periodismo hablado en su sentido estricto, recuperando o conservando la suprema dimensión de la elocuencia, mantiene vivo el lenguaje en su constante cambio y asimilación de nuevas posibilidades de información y de expresividad. Si nuestro mundo del conocimiento se enriquece con la noticia, nues-

tro lenguaje se acomoda a este mundo personal, ensanchando sin cesar los límites del ser social, con la novedad de las expresiones de otros idiomas o grupos lingüísticos y humanos no sólo por los neologismos y los llamados barbarismos, arcaísmos y extranjerismos sino sobre todo por la recreación constante de la expresividad en el contacto dialogal de personas que se expresan individualmente y únicamente porque individual y única es su vivencia y su visión del mundo.

Es cierto que en este proceso de interrelación de los grupos lingüísticos por la moderna difusión de la palabra puede recogerse el fruto de una desbabelización de la sociedad y de una aproximación del conocimiento, por romper el periodismo hablado las barreras del analfabetismo en su sentido literal y en el sentido más amplio definido por la Unesco (no es sólo analfabeto el que no sabe leer y escribir, sino de un modo más doloroso e injusto quien no está capacitado para la vida en su medio y sabemos que, por los medios de comunicación, este medio hoy es el mundo geográfico y el mundo de lo que entre todos conocemos y tiende cada vez más a ser un mundo tipificado), y de la incomprensión de las causas y móviles de la existencia. Pero la influencia principal del periodismo hablado sobre el lenguaje que converge hacia la utopía de la unificación es el hecho de la conformación de un mundo por el lenguaje, el mundo que la palabra periodística arranca de lo ajeno a mí y pone en mi habla, en mi lenguaje, como una noticia, como un nuevo mundo real que yo a mi vez puedo pasar en el comercio social como una moneda de curso legal en el amplio mundo conquistado para el hombre por los modernos medios de comunicación social.

